

1º PREMIO. CONCURSO “CARTA CONTRA LA VIOLENCIA”
Autor: Alfonso Genique López (Espirdo)

CARTA DESDE EL INFIERNO:

“El Ego de los ángeles es
el alimento del diablo”

Soy Dios, lo sé..., lo supe desde el primer momento en que sentí esa sensación tan placentera, esa sensación que se produce sólo cuando soy rienda suelta a mi primigenio, cuando hago valer mi herencia genética innata, porque... en el fondo, no dejamos de ser animales, ¿no?, racionales, sí, pero animales al fin y al cabo. ¿Tan difícil es de comprender? La ley del más fuerte siempre ha prevalecido en la naturaleza, y yo acosaba a una compañera mía, en plena calle, donde los chulos golpeaban sin pudor ninguno a esas mujeres escasas de ropa..., y me gustaba..., me gustó tanto que decidí emprender un camino sin retorno, el camino de la violencia. ¿Por qué tenía que luchar contra algo que estaba en mi naturaleza? ¿Por qué tenía que conformarme con ser como el resto, por qué tenía que renunciar a tantos placeres desconocidos hasta ese momento para mí, cuando puedo ser Dios?

Así fue como me convertí en lo que soy hoy en día, para algunos un ser carente de sentimientos, una bestia llena de odio y repulsa hacia el sexo femenino, pero para mí mismo, un Dios... No justificaré mis actos culpando a mi familia, a mi educación o a mi entorno más cercano, nunca fui maltratado, no procedo de un ambiente marginal..., pero si me permitís buscar un culpable, me tomaré esa pequeña licencia para decir, que la hipócrita sociedad en la que vivimos, es la única culpable de mi forma de actuar, porque ella ha consentido que yo llegue a disponer de ese poder, el poder que me da saber que las mujeres me temen, que las domino a mi antojo, puedo oler su miedo y sentir el placer que me produce verlas humilladas a mis pies. A veces incluso consigo que se sientan responsables de mi maltrato hacia ellas, como si fuera por su culpa la razón de mis palizas. No puedo expresar con palabras cómo disfruto ese momento...

Y os preguntareis, qué tiene que ver la sociedad con mi comportamiento, digamos que especial, porque enfermizo es una palabra que no me gusta, no me considero así. Pues bien, trataré de explicarlo...

¿Quién de vosotros, gente honrada, gente de buen corazón, que tan fácil y gratuitamente me condenáis, en algún momento de vuestra vida, al ver a una mujer conduciendo no ha pensado, comentado o incluso increpado el tópico “mujer tenías que ser”?, ¿quién en ese mismo momento no ha deseado retirarlas el permiso de conducir a todas???? Sí, ya sé que de ahí a agredir a una mujer hay un abismo, pero quizás el abismo sea menos profundo de lo que pensáis.

¿O qué me decís de los inmigrantes? Con ellos la sensación es aún más satisfactoria, será porque viven con el eterno miedo a ser expulsados del país, será que desconocen completamente que, cuando una mujer denuncia un maltrato, se paralizan todos los trámites de expulsión. ¿Y eso por qué? ¿puede que nadie, ni su vecina, ni la persona que la tiene contratada ilegalmente por 2 euros la hora, o que la obliga a prostituirse para poder saldar una deuda de vida, de supervivencia, con el único fin de poder regresar a su país, junto a sus seres queridos, ni el grupo de amigas que toma café frente a la acera donde todas las noches trabaja, y es golpeada por cualquier hombre que se le antoja, nadie se ha dignado a explicárselo. ¿Puede que sea esa la razón?

Quizás vosotros pertenecéis a otro grupo de personas, la que educan a sus hijos como sus padres los educaron a ellos. En la convicción de que en la vida existen unas tareas inherente al hombre y otras a la mujer. Y casualmente, las de la mujer, siempre contemplan cosas como fregar, planchar, hacer la comida, mantener la casa limpia y lo más importante, cuidar con una sonrisa, buenas palabras y buena predisposición “sexual”, de todos los caprichos de su cansado y trabajador marido, o en algunos casos, incluso de los de su hermano, hijo o nieto. Sin tener en cuenta que ella también trabaja fuera de casa, que también le gustaría descansar de vez en cuando y sentirse apoyada, y en muchas ocasiones simplemente, querida... También ha de ser discreta con las visitas, y por supuesto ser recatada, ¿quién quiere tener un prostituta en su propia casa? En la cama sí, pero en la calle no, para eso ya está el marido que aprovecha cualquier ocasión para hacer una visita a algún club de carretera, eso sí, con la aprobación el aplauso generalizado de sus amigos, porque es un acto de hombría, no hay que olvidarlo. Y si cuando llegamos, tarde, oliendo a perfume barato, nuestra pareja nos dice algo..., ya sabemos cómo bajarle los humos, simplemente diciéndola que si está en esos días del mes, porque no hay quién la soporte.

Por otra parte, quién de vosotros, padres de familia, hijos modélicos, defensores todos de causas perdidas, en alguna ocasión no habéis sido testigos de una agresión, física o verbal, porque deberíamos recordar todos que la violencia también puede ser verbal, es más, es el caldo de cultivo perfecto para pasar a grados más cercanos a mi propia actitud, y no habéis hecho nada, absolutamente nada por evitarlo o por ponerle remedio. Seguro que habéis pensado..., no me voy a complicar la vida, ¿para qué? Si en el fondo son riñas de pareja, o lo que es peor aún, la típica frase “algo habrá hecho”.

Pues bien, si a todo esto añadimos que el sueldo de las mujeres sigue siendo muy inferior al de los hombres que desempeñan un cargo similar, que el trabajo de las amas de casa no está ni valorado ni reconocido económicamente, que el acoso en el trabajo está a la orden del día..., después de todo esto..., ¿tenéis el valor de llamarme monstruo a mí? Sois realmente unos judas, a veces pienso que no soy más que la majo ejecutora de muchos de vuestros deseos reprimidos. Meditadlo esta noche, cuando estéis en casa, sentados tranquilamente viendo cómo en las noticias apuñalan a otra mujer, porque el siguiente puedo ser yo o alguien como yo, porque quizás yo esté equivocado y no sea Dios, pero lo que sí tengo claro es que tanto ellos como yo nos alimentamos de vuestra falsedad y vuestra hipocresía... Si realmente queréis detenernos, no más letras vacías, no más cartas de apoyo, pasad a la acción empezando por vuestras propias vidas y las de vuestros hijos, porque sólo la educación en nuevos valores podrá cambiar la naturaleza de los que, como yo, disfrutamos siendo Dios... o el mismo diablo.

Nota del autor: El personaje protagonista de esta carta es tan sólo eso, un personaje que podría representar a cualquiera de los muchos miles de maltratadores que, desgraciadamente, pasean impunes por nuestras calles cada día. Con esta “Carta desde el infierno”, he pretendido dejar de manifiesto que, aunque los autores de esos hechos merecen la repulsa más absoluta y las penas más duras con las que la ley pueda castigarlos, no es menos importante concienciar a la sociedad, que debemos educar a nuestros hijos en la tolerancia a todos los niveles, y en algunos casos, reeducar a ciertos adultos cuya actitud ante la mujer, puede generar comportamientos violentos más adelante en los jóvenes que les rodean. Porque merece la pena recordar que las formas de la violencia de género son muchas, y la violencia psicológica suele ser la más común, pero no por ello menos importante. Para nada creo que el maltrato sea una enfermedad, pero lo que sí creo es que las circunstancias que rodean a las personas que los producen a lo largo de su vida, son uno de los focos principales de desarrollo, del comportamiento violento en dichos individuos.

Dios quiera que a través de la educación, de la imposición de penas mayores y sobre todo del rechazo más absoluto de toda la ciudadanía, se llegue a erradicar un mal que puede considerarse la epidemia del siglo XXI.

2º PREMIO. CONCURSO “CARTA CONTRA LA VIOLENCIA”
Autora: Pilar Merino (Madrid)

DESDE EL PARAÍSO

Sólo ahora, envalentonada por la cierta distancia que nos separa, me atrevo a escribirte unas líneas que te inciten al recuerdo reflexivo. Cuando un día ya lejano, después que nos salpicaran varios kilos de arroz y me colocases en el dedo un anillo que me venía pequeño, te arrojaste a mi lado en la cama, tan borracho que el olor agrio del alcohol y los vómitos se incrustaron en el colchón y ya no hubo forma de desalojarlos, no pude imaginar, ni por un instante, el rumbo que comenzaba a tomar mi vida. Me pregunto si acaso a ti te ocurrió lo mismo.

¿Recuerdas el primer día que perdiste los nervios y comenzaste a golpear la mesa porque no encontrabas tu cenicero favorito, aquella concha de vieira que nos trajimos del viaje de novios, y después decidiste que la mesa era muy dura y mejor ponerte a puñetazos en mi pecho y mis costillas? Me explicaste que habías tenido un mal día y te sentías furioso. Tu jefe os había gritado porque la obra iba con retraso, y uno de tus compañeros se había dado de baja, y tú habías cargado con parte de sus tareas. Por eso habías estallado. ¿Cómo no iba yo a comprenderte?

Igual fui capaz de entender tus ausencias nocturnas, tus traspies cuando al fin llegabas, la falta de dinero del jornal que te dejabas en el bar. Pero a ti te costaba entender mi cansancio de trabajo doméstico dentro y fuera de casa, mi dolor de espalda, mis deseos de besos de amor.

¿Recuerdas la noche que buscabas una cinta de vídeo en la estantería porque en ese preciso instante necesitabas ver aquella película, y me llamaste a gritos preguntando dónde estaba? Apenas acabé de decirte que se la había prestado a mi hermana cuando un sablazo de tu cinturón me cruzó la cara. El hielo curó la hinchazón a los cuatro días, pero me quedó atravesada la mejilla una mancha oscura que se negó a desaparecer, se quedó allí como señal permanente de mi comprensión hacia ti, y cuando un día te fijaste en esa mancha me preguntaste qué coño me había pasado en la cara que estaba tan fea. Me disculpé diciendo que me había saltado aceite mientras cocinaba, y tú me recriminaste por ser tan descuidada y tan torpe.

A la hora de acostarnos, yo hubiera querido sumergirme en una burbuja, en un vientre materno y llorar el caudal de un río, pero te empeñabas en forzarme a practicar sexo, ese acto que tú llamabas “deber matrimonial”. Y yo no sólo te comprendía, sino que me entregaba apaciblemente a ti con la esperanza de recompensarte lo suficiente por haberte hecho enfadar. Recibía así mi castigo por la parte de culpa que yo tenía en tus enojos. Si me maltratabas, sin duda, era porque me lo merecía.

No pude cambiar porque nunca conté a nadie lo que ocurría. No dejé que nadie mirase dentro de mi vida. Les tapé los ojos con mis manos aromatizadas de lejía, impotentes de miedo y nula estima. Siempre fui, sin darme cuenta, muy buena actriz. Sin embargo, tú cambiaste a peor. El genio te dominaba más cada día hasta que no hubo forma de detenerlo, como cuando se desencadena un huracán, que arrasa con todo lo que encuentra.

Ahora que observo las cosas desde el lugar privilegiado que otorga la experiencia, sé que las mujeres deben hablar, contar lo que les ocurre, gritarlo hasta desfallecer. Sólo con la ayuda de los demás podrán salir del agujero en que viven sin saberlo.

Ya me despido. Estoy escribiendo estas líneas desde el paraíso al que la muerte nos arroja a los que hemos vivido en la tierra del infierno.